

«SOBRE LA CATEQUESIS Y LA EVANGELIZACIÓN»

*Carta de monseñor Juan Rubén Martínez, obispo de Posadas,
para el domingo 21° durante el año
[22 de agosto de 2021]*

Ayer, 21 de agosto, fue el día de San Pío X, Papa. Ese día rezamos y agradecemos especialmente por nuestros catequistas. Desde hace muchos en este fin de semana celebramos la catequesis con un encuentro masivo y diocesano. Estos encuentros reunían centenares de catequistas en un clima festivo y formativo. El año pasado y este, los hemos tenido que suspender por la pandemia. Con la junta de catequesis y el sacerdote asesor, pensamos realizar este año una asamblea dentro de algunas semanas para retomar el encontrarnos y sobre todo agradecer por todo lo vivido en este tiempo difícil de pandemia donde nuestros catequistas han dado un ejemplo extraordinario de entrega y creatividad en un contexto tan adverso. A todos los catequistas, que son miles, quiero agradecer y celebrar con ustedes todo lo vivido. Los catequistas son una gran fortaleza en toda la acción evangelizadora de la Iglesia y en la vida cotidiana de cada comunidad.

En relación a la catequesis y la evangelización, observamos que nuestro pueblo realmente tiene una gran religiosidad, pero esta no siempre es suficientemente cristiana y, por lo tanto, debemos buscar caminos para evangelizarla. En el documento de la Conferencia Episcopal Argentina, «Navega mar adentro» se señala la necesidad de evangelizar «la búsqueda de Dios». Si bien «el secularismo actual concibe la vida humana, personal y social, al margen de Dios y se constata incluso una creciente indiferencia religiosa. No obstante, se percibe una difusa exigencia de espiritualidad que requiere canales adecuados para promover el auténtico encuentro con Dios» (Cfr. NMA 29)

El texto del Evangelio de este domingo (Jn 6,60-69), puede ayudarnos a entender que no todos los caminos promueven un auténtico encuentro con Dios. Es más, a muchos les cuesta comprender la fe que Jesucristo nos enseña. El texto de San Juan se sitúa al final de una larga enseñanza del Señor sobre el pan de vida: «Yo Soy el pan de vida bajado del cielo. El que coma de este pan, vivirá para siempre. Y el pan, que yo daré es mi carne. Yo la doy para la vida del mundo». Esto escandalizó a muchos de sus discípulos que lo abandonaron porque decían «esta doctrina es inadmisibles». Jesús les preguntó a los Doce: ¿ustedes también me van a abandonar?, y Pedro tomando la iniciativa, le dijo a Jesús: «Señor ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna».

Todos debemos sentir la necesidad de asumir este camino de discipulado o de formación permanente. Debemos agradecer que nuestra gente tenga una fuerte religiosidad y deseos de búsqueda de Dios. Pero es cierto que la religiosidad, si no asume un camino de maduración en la fe, puede quedar anclada en meras devociones, en promesas de un mundo feliz, «*lighth*», que solo son burbujas engañosas, o bien, en rituales vaciados de compromisos con la vida y con el riesgo de generar desequilibrios afectivos y psicológicos. La fe que nos enseña Cristo, como nos lo dice el texto bíblico de este domingo, es una enseñanza y un camino exigente. La fe para los cristianos está ligada al misterio de la Encarnación y de la Pascua. Entre las tantas propuestas religiosas podemos percibir que no son un camino adecuado para un auténtico encuentro con Dios, aquello que nos señala el documento Navega mar adentro: «grupos pseudoreligiosos y programas televisivos que proponen una religión diluida, sin trascendencia, hecha a la medida de cada uno, fuertemente orientada a la búsqueda de bienestar y sin experiencia de que significa adorar a Dios. Ocurre, por lo general, que, sorprendidos en su buena fe, y poco formados por la Iglesia, algunos cristianos entran en círculos difíciles de abandonar cuando la desilusión o la mentira quedan en evidencia» (NMA 31).

La maduración en la fe nos enseña a actuar con responsabilidad con ese don de Dios y buscar caminos para formarnos, a orar, a asumir valores como la justicia, la libertad, la paz y la solidaridad. Sobre todo, a vivir el misterio Pascual y la fe eclesial, de tal manera que tengamos una espiritualidad que nos permita ser cristianos en la vida cotidiana. Es importante recordar que la fe que no se encarna en la vida, termina siendo una religiosidad vacía y superficial. Lamentablemente estas formas de religiosidad terminan siendo la antesala del secularismo, o provocando la indiferencia de la fe.

Les envío un saludo cercano y ¡hasta el próximo domingo!

Mons. Juan Rubén Martínez, obispo de Posadas.